

puerta muy despacio, baja las escaleras sin hacer ruido, y una vez en la calle echa a correr desafiadamente... y no vuelve.

Y este es el triste fin de esta historia de amores, que no logró pasar del primer capítulo.

## XIV

Cuando, ya bien entrada la mañana, despertó Paco el día de Navidad; cuando, después de repetidas abluciones y cepilleos, abrió el balcón, cuyos vidrios estaban cubiertos por profusa y adamantina floración de escarcha, sintió cómo con las frescuras del aire serrano se le despejaba el entendimiento. Recordó la zambra de la noche anterior, la cena y el baile, y los cuchicheos al oído de Mariquita; y es fama que de todo ello experimentó tan amargo remordimiento, cual si de crímenes nefandos se tratase. Y no fué parte a tranquilizar su conciencia la consideración de que todas aquellas fazañas reconocían como causa generadora el abuso de la limonada. A Paco, no versado en sutilezas, ni metafísicas ni teológicas, no se le alcanzaba el valor moral de la doctrina, que hace consistir la responsabilidad de los actos

humanos en el móvil y en la intención. Para él, hechos eran hechos, sin distinción de ninguna clase, y los hechos de la velada, con limonada y sin limonada, le dolían; ¡vaya si le dolían!

Hubiera él dado cualquier cosa buena por recordar claramente hasta dónde llegaron sus familiaridades con Mariquita; pero en este punto la memoria se le embrollaba, y nada lograba sacar en limpio. Sin duda alguna, familiaridades hubo, y aunque ellas no pasasen de los pisotones debajo de la mesa, y del ceñimiento en el bailar, y de las palabritas dulces y las miradas a quemarropa, hartó motivo era para amargarle el pensamiento. ¡Vamos, que con la niña de la patronal... En fin, a lo hecho, pecho; puesto que no había manera de evitar lo sucedido, era preciso buscarle remedio, y, sobre todo, proponerse plan de conducta. ¿Habrían las cosas de seguir por el camino en que se habían puesto? De ningún modo. Siguiendo por él, ¿en qué fin habrían de parar? ¿En boda? ¡*Vade retro*, nunca jamás! Él, Paco Trelles; él, diputado en ciernes y hombre ilustre en canuto... ¿En amor clandestino? Mucho menos; él, a pesar de todo, es persona decente, y la niña, travesuras aparte, será mujer honrada de seguro. No cabe darle vueltas: lo más corto y más derecho es restar de la vida la

noche malhadada y seguir viviendo como si nada hubiese sucedido.

Y como lo pensó, lo hizo. ¡Seriedad, dignidad, impenetrabilidad!

Mariquita, hartó sé yo que en el primer momento se sorprendió; que después, y durante varios días, sintió su poco de natural despecho; pero luego, en virtud de no sé qué alquimia portentosa que las mujeres emplean para alambicar descalabros sentimentales, dióse a considerar al desdenoso con cierta lástima despreciativa. «Peor para él», pensó modestamente; por último, tan olvidada de despechos como de lástimas, acogióse a la maravillosa filosofía de «si te he visto, no me acuerdo».

Con lo cual Paco, que acaso esperaba recriminaciones patéticas y palideces sentimentales, respiró tranquilo, si bien un poco vulnerado en su vanidad de conquistador.

Dióse por aquel entonces, en la psicología del provinciano, un fenómeno hartó frecuente, cuya causa sería bien compleja de estudiar. Consistió el tal fenómeno en que todas las sensaciones experimentadas desde que vino a Madrid — sorpresa, desconcierto, admiración, soledad de espíritu y otras tantas y tales —, como que se fundieron y

combinaron, y de su fundimiento y combinación salió como engendro una extraña exaltación de sensualidad; como si la materia, aprovechando los descabros del espíritu, se alzase triunfante y dominadora.

Madrid es un buen crisol para tales fusiones. Aconteció que Paco seguía visitando la casa de Cascales, y que las tres niñas, cada una a su modo y por su estilo, le gustaban cada vez más; y aconteció también que ellas, con su amabilidad ingenua y confiada, alejaban toda idea de correspondencia: era cosa evidente; para las Cascales, el señor Trelles era ni más ni menos que el hijo del cacique, un buen chico del pueblo, al cual era preciso tratar amablemente, convidar a comer un día a la semana, saludar desde el coche o desde el palco... y nada más. Cosas todas que ellas aderezaban con las mieles de su natural caricioso y amable, y con la franca espontaneidad que tienen las muchachas que se educan sin madre, en la amplitud de tolerancia de una autoridad masculina.

Tales visitas y tales consecuencias poníanle un humor de los demonios, y experimentaba cierta fruición como de venganza, apagando los fuegos por ellas encendidos en aventuras de baja estofa. Por aquel entonces los dragones dorados y la

chula vestida de azul tuvieron harto de qué regocijarse.

Aconteció también que Mariquita, desde la noche de Nochebuena, le producía cierto cosquilleo impaciente, como de fruta a medio morder; y como en este punto sus resoluciones eran irrevocables..., también la chula y los dragones se alegraban de ello, y se alegraban del lujo y movimiento en paseos y teatros, y de las musiquillas fáciles de las zarzuelas frescas, y de los verdores del periodiquito con monos, que al fin y al cabo «todo está en todo», como dijo el filósofo guasón.

Los libros, entretanto, dormían el sueño del justo, y es de creer que no aprendiera Paco en su galimatías mucho más de aquello que ya de sus charlas con Pancracio tenía aprendido.

De esta manera llegó el domingo de Carnaval.

Que amaneció claro como un cristal y tibio como un día de primavera.

Ya en los puestos de flores aromaban los ramiños de violetas, y Paco se sorprendió escuchando cómo trinaba un pájaro en el balcón de enfrente.

En la casa de huéspedes reina el desconcierto. A cada momento las niñas se asoman al balcón de la sala para ver pasar las estudiantinas; luego,

de balcón a balcón, hay tiroteo de serpentinas, y ya, prendidas a los hierros, forman un toldo flequeado y multicolor que pone en la angostura lóbrega de la calle una como sonrisa descarada y procaz. Se oye a lo lejos como ruido de olas que van y vienen, el rumor de la gente en la Carrera, que llega amortiguado y confuso.

Se come a toda prisa y muy temprano, porque es preciso ir a Recoletos a ver las máscaras.

Las niñas están hechas un brazo de mar. Estrenan trajes de lanilla celeste, con lunares de seda plateada, y hasta se han arriesgado a ponerse sombrero. Llevan descomunales bolsas de *confetti*, obsequio perfumado de Juan Fernández; el de Mariquita es color de rosa; el de Aurora, color de violeta. Los huéspedes mariposean en torno de las flamantes niñas. Doña Cecilia lamenta la ausencia de Carlitos. ¿Por qué se marcharía aquel muchacho? Tan útil como era. Aurora se sonroja: milagro fué que la mamá no viera. Aun no se le ha pasado el susto, y aun le dura la pena.

En marcha. Paco se despide a la puerta y advierte que no vendrá a cenar. Tiene sus proyectos. Las niñas triunfan; antes de dar dos pa-

seos, ya van cubiertas de *confetti*; en la Carrera pronto se pierden entre el oleaje. Paco ve flotar un instante los penachos azules de sus sombreros.

Él sube por la calle de Alcalá. Hay pocas máscaras, pero mucho ruido; la gente va contenta porque es el primer día de sol; hay en todos los cuerpos como un renacimiento primaveral, como un subir de savia que aduerme el alma y deja en libertad la alegría ruidosa y cascabelera: el espíritu de Pierrot hecho de risas, de voluptuosidad y de inconsciencia, flota en el aire.

Dicen que el alma es como los niños: que siempre que se duerme, se despierta llorando; yo no sé si llorará cuando despierte el alma de esta multitud; ahora, la multitud se ríe.

Paco está, como todos, contento; va todo lo de prisa que puede, y hasta daría saltos si la aglomeración de paseantes lo permitiese. ¿Dónde quiere llegar que así se apresura? No lo sabe; el caso es que llega a Recoletos, y que allí hay más gente y más bullicio; el *confetti* revolotea de punta a punta del paseo. Hay chillidos que quieren ser bromas, y sandeces que intentan decir galanterías; de los árboles cuelgan serpentinas rotas, que se cruzan también, como saetas de colores, entre carro-

zas y tribunas; pasan los coches pausadamente, y las mujeres van en ellos rígidas e inmóviles, como ídolos engalanados que fuesen recogiendo incienso de miradas; al pasar bajo las tribunas justan en el combate de papelillos, y luego vuelven a su inmovilidad. En aquel landó que marcha a buen andar por medio del paseo, vienen Ana María, Margarita y Asunción Cascales. Un Pierrot blanco en la capota, un bebé azul en el estribo, las galantean. Paco, que está en primera fila, quiere esconderse; pero Asunción le ve, y le tira un puñado de *confetti*, que es blanco y fino y huele a violetas; él, sacudiéndose, porque los papelillos le han entrado en los ojos y en la boca, saluda finamente; ellas, a su vez, saludan y pasan, y Paco se escabulle por no verlas, porque aquel Pierrot blanco y aquel bebé celeste le están poniendo de mal humor.

A lo lejos ve las plumas azules de las niñas *de casa*; más tarde encuentra a Juanito Roca, que lleva del brazo a dos ninfas vestidas de *tuna*, con el pelo tendido y la montera ladeada, un diablillo, color de bandera española, le dice al pasar: «¿Me conoces?», y a Paco le suena aquella voz a la voz de Gutiérrez; ¿qué habrá sido del pobre muchacho?

Paseo arriba, paseo abajo, va cayendo la tarde. Es donosa la vuelta del paseo: van las mujeres llenas de polvo, sucias y desgredadas, con los ojos hundidos y la boca entreabierta; los hombres, tan empolvados como ellas, se ríen bestialmente sin saber de qué, y dan empujones y codazos, y dicen chistes que, si no fueran tontos, serían indecentes. Nadie habla con nadie; pero todos se escuchan y se entienden, y hay un amasijo de sensualidades y un hervor de apetitos desatados que da náuseas. Sobre la multitud que serpentea hay una niebla hecha de polvo y de sudor de carne que empaña la opalina diafanidad del crepúsculo; el sol se ha hundido, y el cielo viste luto color de amaranto.

El proyecto de Paco es *ir de baile*. María Eugenia, que es muy su amiga desde aquella noche, le ha dicho que el del Frontón Central es cosa buena; allí piensa ella ir con dos amigas; si él lleva las parejas, mejor que mejor. Paco no lleva las parejas: hace tiempo que ha renunciado a la compañía de Alvarez, porque se ha convencido de que el rumboso astur no lleva nunca suelto; no lleva las parejas, pero va. En la puerta encuentra a dos compañeros de clase, mejor dicho, de curso y de calle Ancha, porque la clase ¡Dios la dé!

— ¡Hombre, tú por aquí; cuánto me alegro!

Y entran juntos. En el vestíbulo entregan los abrigos; un hombre los recoge, los ata todos juntos con una cuerda y los tira a un rincón.

El salón está lleno, y al entrar Paco nada distingue de cuanto hay en él; oye una música que viene no sabe de dónde, y cree notar que en el centro de aquel hormiguero las gentes se mueven como si bailasen. Hace calor; en lo alto hay arcos eléctricos sin bomba, sucios de polvo y telarañas; caen de ellos chispas de carbón, que se apagan antes de haber llegado al suelo.

Paco se va orientando: a la derecha están los palcos; a la izquierda, en la cancha, el ambigú, especie de taberna, donde hay pasteles fermentados, dulces apolillados y vinos de todos colores. Entre los palcos y el ambigú, una gradería, como tendido de plaza de toros. Cesa la música y comienza el paseo.

— ¿No me conoces, Paco? ¿Son estos tus amigos?

Tres dominós lamentables, rosa desteñido, verde mar con ribetes amarillos y gris perla con vivos color de rata, están plantados delante de Trelles, que hace las necesarias presentaciones; el grupo se desdobra en tres parejas, y como la mú-

sica marca el compás de una mazurka, piérdense todas ellas en el gran remolino central. Es María Eugenia la del dominó gris.

— ¡Cuánto has tardado, Paco! Creí que no venías.

— ¿Y si no vengo?

— Pues me hubiera ido a casa sin cenar.

— Vamos, que no sería tanto.

— Como lo oyes. Cuando me hago la cuenta de estar contigo, mas que viniera el rey de España.

— Cualquiera que te oyese, diría...

— Pues que lo creas o no lo creas, y no te vayas a figurar, que bien lo siento.

— ¿Por qué, muchacha?

— ¿Te parece menuda calamidad? Buenos estáis los hombres para tomaros tanto así de afición.

— Vamos, chiquilla, que no soy tan malo como tú te piensas.

— Eso tú lo sabrás.

María Eugenia habla con acento de broma y se ríe. Paco también quiere echar a risa la conversación; pero ello es que los dos, sin querer, se conmueven y callan largo rato.

— ¿Quieres que nos sentemos?

Ya sentados, observa Paco a los que van pasando; los hombres visten traje de calle; parecen todos ellos muchachos del comercio y estudiantes; hay algunos señores de *cierta edad* y hasta cuatro docenas de viejos verdes. Ellas van todas disfrazadas; triunfan los dominós, pero hay también muchos bebés y no pocas beatas y cocineiras; las *chicas de servir* se distinguen por sus melenas rizadas y flotantes.

María Eugenia va ilustrando la inexperiencia de su amigo.

— Mira, aquella de azul se llama Carmen; pero la llaman *la Gato* por la cara que tiene, y ese que va con ella es un muchacho muy rico, que dicen que es ahijado de un ministro.

— Adiós, María Eugenia; bien acompañada estás.

— Porque se puede, hijo.

— ¿Quién es ése?

— Pues ése es hijo de un comerciante de la calle Ancha: ¡más golfo es y con más buena sombra! Anda la Juanilla; decían que estaba de viaje con un marqués, pero ya me parecía a mí que era mucha suerte para ella. ¿Quieres que demos otra vuelta?

Entre aquel hervidero de mala carne, de vez en

cuando pasan algunas niñas, y a Paco se le aprieta el corazón viéndolas pasar. Una hay, como de trece años, espigada y airosa, que promete ser mujer espléndida. Va sola, escudriñando con sus ojos curiosos aquella podredumbre, y se ríe oyendo los piropos que a su paso llueven. Un instante después Paco la ve bailando con un muchacho muy joven y muy pálido, que se la va comiendo con los ojos; la chiquilla sigue riéndose.

El calor arrecia; el aire se va tornando denso y saturándose de ese hedor peculiar que es como hálito de las multitudes abyectas; en lo alto, las luces parecen ahogarse entre nubarrones de humo y de polvo; abajo, entre la niebla gris, menudean las demostraciones; el baile se arrastra con lentitudes pecaminosas, sin guardar consonancia con la música.

A Paco el humo se le entra en la garganta, y comienza a toser.

— Vámonos, chico — dice María Eugenia con voz ronca —; esas madres debían estar en presidio.

No es tarea fácil encontrar los abrigos en el famoso guardarropa. Al fin salen.

— ¡Qué gusto da el fresquito de la noche!

— ¿Quieres que demos un paseo?

Las calles están silenciosas y hay luna; en la Puerta del Sol refulge su luz blanca sobre el asfalto como sobre un cristal, y los pasos de ellos resuenan en la noche con resonancia clara y firme.

— Mira tú — dice Paco —, me acuerdo de una noche en mi pueblo. Volvía yo a caballo por el campo; pero era verano y hacía calor.

— Yo también me acuerdo de muchas noches en el campo — responde ella —; en el verano dormía yo en las eras, sobre los montones de mies. ¡Qué bien huele la mies recién cortada!, ¿verdad, tú?

— Ya lo creo; también la hierba huele muy bien, y las viñas cuando están en flor.

— Teníamos en mi casa una parra que daba uvas negras como ciruelas.

— Pues yo en mi casa tengo un cenador, que es donde me desayuno todos los días.

— Oye, tú, ¿te has fijado por la noche cómo andan las estrellas? Yo, de pequeña, creía que se estaban quietas, y verás cómo me enteré de que se mueven: una vez volvía yo del campo, ya de noche, en la carreta de mi padre, y venía tumbada boca arriba, en lo más alto, encima de la paja; iba mirando al cielo y entonces me fijé; primero creí que era porque iba andando la carreta; pero,

cuando llegamos al ventorro, mi padre se paró a echar una copa y yo noté cómo, aunque la carreta se estaba parada, ellas se movían; creo que siete años tenía yo entonces, y todavía no se me ha olvidado.

— Oye, cuando eras chica, ¿te daba miedo la luna?

— A mí, sí; con aquella boca que tiene... ¿Te acuerdas cuando sale por detrás de los álamos, grandota y amarilla? ¿Hay en tu pueblo álamos?

— Ya lo creo, y en el huerto tenemos más de cien avellanos, y una higuera más grande... ¡si la vieras!

La luna, mientras hablan, va acompañándoles, caminando en el cielo a compás de sus pasos, porque gusta de oír las charlas que en la noche se suscitan. Los árboles del Prado y Recoletos descansan de la orgía bajo la caricia de su luz; se ha levantado un vientecillo fresco, y la tierra como que se esponja para beberle y saturarse de su frescura. Las serpentinatas cuelgan desmadejadas de las ramas, que empiezan a cubrirse de brotes; el agua de las fuentes desgrana su perlería charlotteante.

— ¡Qué fresquito hace! ¿Quieres que nos sentemos un rato en este banco, María Eugenia?